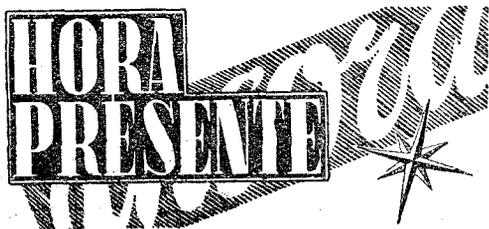


ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 7 ABRIL 1960
NÚM. 626 AÑO XIII

DOS NOTICIAS



Las dos nos las trae el diario en un mismo día. Dos noticias que por su contraste expresan la gran disparidad de los sentimientos humanos. El abismo que media entre un corazón que reacciona extremadamente ante la pérdida de un ser querido y otro cuya sensibilidad debió quedar atrofiada, si es que alguna vez vibró al estímulo de un afecto.

La una de esas noticias nos dice que un tal joven italiano de quince años ha decidido practicar la huelga del hambre por haber perdido a su perro. Tanto era la estima que profesaba a su can que ya, en cierta ocasión, se lanzó al mar en día de temporal por rescatarlo de las olas contra las que se debatía por llegar a la orilla. Ahora, ante el temor de no hallar a su fiel compañero se desespera y prefiere morir antes que continuar viviendo sin su cariño.

Tal decisión revela, desde luego, un irrazonable afecto, lindante con la locura. Cuando menos denota una anomalía sentimental en ese infeliz joven, ya que por grande que sea el cariño que una persona pueda sentir por un perro, o cualquier otro animal doméstico, no llegará hasta el extremo, si está en su cabal juicio de abdicar de su propia vida por el hecho de perderlo. Ni que fuera el ser humano más entrañablemente querido. Una persona normal debe poseer el suficiente autocontrol para no dejarse dominar por una desesperación suicida.

Pero veamos la segunda noticia. Esta es de índole bien diferente. Total-

mente opuesta. Una madre, gitana por más señas, pone en venta públicamente a una hijita suya de dos años. Precio mil pesetas. Barato, desde luego, considerando el «artículo» vendible. Más aun siendo el vendedor la propia madre. Porque ¿cuál será la madre, con auténtico atributo de tal, que halle bastante justipreciada la enajenación de un hijo? Para ella la mayor fortuna no será suficiente para comprarle el fruto de su propia carne.

Sin embargo, ya veis, ahí tenemos a una mujer que pone en venta a su hija por mil pesetas. Seguramente para esa infeliz gitana el vender a su hija debe ser algo parecido a vender una cesta de mimbre o un ramo de flores de papel de las que elabora bajo los puentes en su constante peregrinar. Con una sola diferencia. Para producir un hijo necesita nueve meses, y con este tiempo puede fabricar muchos cestos y flores. De aquí la diferencia de precio. Mil pesetas, pensará ella, ya está bien pagado. Vender un cesto, una flor o un churumbel le da lo mismo. El caso es vender algo.

Por fortuna la gitana, como es de suponer, no se salió con la suya. No encontró comprador, y además fué llevada a rendir cuentas con la justicia. Era lo natural que debía suceder. Tan natural como que a aquel pobre joven dueño del perro perdido lo sometían a un tratamiento psiquiátrico. Cada uno representa un caso especial que necesita especiales cuidados.

De todas formas, puestos a pronunciarnos en cual de los dos casos creemos más posibilidad de enmienda diríamos que en el primero. Porque a un exceso de cariño es posible hallarle derivativos. Pero a un corazón petrificado ¿cómo insuflarle la llama del amor, que acaso nunca ardió en él?

¿Es posible sacar jugo de un peder-
nal? — **Xavier**

Sintonia

F A S E S

Hablar de fases, años atrás, era un tema que pertenecía a la escuela. Y ya se sabe a quien se dedicaba: a la Luna. Los tiempos van cambiando, y la palabra fase ya no es exclusiva del dominio escolar; también es del dominio ciudadano. Y es que cuando nuestra ciudad brillaba con luz propia, no le fallaba ninguna de sus fases. Pero desde que pasó a no tener luz propia, igual que la Luna, e igual que ésta tuvo que recibirla de otros, entonces empezaron a nuestra ciudad a fallarle, un día u otro, alguna de sus fases, incluyendo su novilunio en invierno, su cuarto creciente en primavera, su plenilunio en verano y su cuarto menguante en otoño. Con eclipses parciales y totales.

Hay quienes se lamentan cuando llegan éstos. Otros se van acostumbrando. Pero, quien sabe sino hay que dar gracias a estas interrupciones eléctricas que habitualmente nos llegan. Porque...

El industrial, cuando llega el apagón, se para en sus quebraderos de cabeza porque la oscuridad le inmoviliza. Habla con el amigo que tiene más cerca, aunque no se vean las caras. Si la luz tarda en llegar, da por terminada la jornada y se larga a su casa.

Otro tanto para el trabajador, al cual ocho horas reglamentarias le son pocas y se lleva «caps-nets» a su casa. Si le llega el apagón y éste se hace interminable, se va a la cama que bien merecido lo tiene y más, todavía, si quiere cuidar de su salud.

Y con estos recibos bimensuales que nos llegan alambicados para convertirse en trimestrales, con su carga de Kw. ¿qué ocurriría, si los apagones fuesen continuados? Que ya podrían convertirse en anuales.

Verdaderamente, la luz se ha convertido en un déspota de nuestra vida, del cual, como se quiere demostrar, nos vemos librados de vez en cuando, al fallar alguna fase.